



# Crónica Literaria <sup>65 Pl. 08</sup>

## Ensayos Estilísticos por Hugo Montes

### (Gredos, Madrid, 1975)

"Nace este libro de una fe profunda...". Atención. El autor de estas palabras no es un cualquiera, más o menos lector, más o menos maestro, sino un especialista en el arte de expresar sus ideas mediante la palabra.

Y vamos precisamente a oírle hablar de ese arte.

Pues bien, cuando se va abriendo al viejo sistema de la crítica literaria y si ha de ser esta objetiva, fundada en principios, o subjetiva y sujeta a la simple impresión personal, Hugo Montes, prosista, poeta por añadidura, catodéctrico, no emplea el sermón científico "certeza" o "certidumbre", sino ese otro, tan modulante y elástico, cargado de pasiones e incluso de inspiración: la fe.

Diferencia imperante.

Tanto que la primera obra con cierto desdén al que, hablando en primera persona, confiesa lo que ha sentido, no niega lo que ha sufrido ni tampoco gozado con la lectura de tal obra o tal autor, incluso al que, para no engañarse nadie y como prueba de humildad, llama a todo ese "historia personal". Lo cual, sea dicho, toma muchos al revés, como demostración de orgullo, movidas del respeto superlativo que la letra de molde inspira al que sólo en privado logra desahogarse.

Pero no perdamos de vista la fe al autor de "Ensayos Estilísticos". Después de aplicarle el epíteto de profundo, cosa que a ningún hombre de ciencia se le ocurriría sino en caso de duda, Hugo Montes se refiere a "las posibilidades de acercamiento a la poesía con algo más que el gusto subjetivo".

¡Que de presidencia, cuántas precauciones! Se diría que el mismo está asombrado de su audacia.

Y tiene razón.

Porque justamente ahí, en ese filo de la navaja, se alza y divide los campos, la separación entre dos escuelas, dos procedimientos, dos caracteres perfectamente definidos; los que creen y esperan descubrir algún día las leyes psicológicas, las maneras justas y precisas que tiene el cerebro de funcionar y los que, ante tal perspectiva alzan los ojos, miran el horizonte y suspiran, como los pescadores de Bretaña de que habla Renan: "¡Que la mer sea grande et ma barque petite!".

No así los partidarios de la crítica objetiva. Esos no solamente afirman, sino que imponen autoritariamente a los demás el reconocimiento de las leyes literarias agregando que la obligación del crítico se reduce a decir si los escritores las han cumplido o no, para darles, en el primer caso su premio y, en el segundo, aplicarles el castigo.

Hubo, como se sabe, a fines del pasado siglo, dos ilustres representantes de esas escuelas divergentes, M. Lemaître y M. Brunschwig, a quien las malas lenguas atribúan al primero este exabrupto:

—¿Así que usted, cuando un libro le gusta lo alaba siempre?  
¡Yo, jamás!

Pero bastan los circunloquios de que Hugo Montes se vale para comprender que su le dista del fanatismo. Trátase además de un verdadero profesor, de un catodéctrico efectiva, que imparte lecciones, que tiene alumnos, y posee su materia a fondo.

Por lo demás el mismo nos relata la historia de su libro, de estos "Ensayos Estilísticos" tan bellamente impresos en la Editorial Gredos de Madrid y pertenecientes a la Biblioteca Románica Hispánica dirigida por Domingo Alonso.

"Es libro — dice — surgido en la conferencia y en la clase. Su destinatario normal, por lo mismo, es el estudiante y el auditor de esta cosa para e inútil, pero tan inevitable que se llama poesía. Si, sigue habiendo personas que escuchan las voces del poeta, del poema. Mas a menudo éste se le torna esquivo, abstruso, hermético; se descerceza entonces y caen en el peligro de un ale-

jamiento pensoso. Se trata de restablecer la relación, de procurar que renazca la fe — de nuevo la palabra — en la eficacia alterados del poema y en las capacidades para su adecuada captación".

Sin llegar a las doscientas páginas los ensayos hallan modo de discurrir condensadamente sobre una cantidad sucubenta de asuntos y autores, colocando sucesivamente el tema central, el estilo y la estilística y, después, a esa luz, las figuras de Azorín, Menéndez Pelayo, los Machado, Rubén Darío, César Vallejo, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, tres poetas de Costa Rica, más donde las lecciones se desarrollaron, Hugo Lindo y Miguel Arteche.

Se comprenderá, que hay comentarios para largo.

En la imposibilidad de apuntar siquiera toda la sucesión de "similitudes y diferencias" entre los juicios del autor y los de un comentarista nos limitaremos al que nos parece el mejor de todos, tanto por lo certero de sus opiniones como por la vitalidad que el texto entero respira.

Además hace ya largo tiempo que Arteche estaba ausente. Y nos place volverlo a encontrar en cuerpo y alma, joven todavía y ya maduro.

"Miguel Arteche — pág. 104 — es alto, ligeramente pálido. Usa anteojos de marco grueso, habla con vehemencia y sabe ser cordial, pero no prodiga su cordialidad. Miguel Arteche — cosa rara — contesta las cartas, escribe como de prisa en hojas grandes y claras, con letra segura o a máquina, siempre en orden. Es un hombre de estudio; conoce muchísimo de literaturas española, inglesa y norteamericana, de poesía de Hispanoamérica. Y trabaja y trabaja".

Como temiendo endurecer su estampa hasta la soledad, Hugo Montes atenúa y diversifica estos conceptos, descubre en su talento otros matices y, tras una comparación certera y honesta con el gran Rulfo de México, arde al medio soberano de evocar toda imagen: la cita. Y tenemos este bello poema inquietante:

Cuando se fue Magdalena,  
cuando tan lejos se fue,  
nadie supo si llevó,  
la noche de su partida,  
cuando se fue Magdalena,  
cuando se fue,

Nadie vio si se alejaba  
por el mar y la molicia,  
Nunca se fue Magdalena,  
nunca tan lejos se fue,  
Nadie dijo si algún día  
Magdalena volvería,  
Nadie sabe,

Yo lo sé,  
Nunca volvió Magdalena,  
Yo, que estoy muerto, lo sé.

Sometidas estas estrofas al juicio de un crítico objetivo, armado de rigurosos principios estéticos, seguramente, si la breve composición le ha gustado, no le faltarán razones para probar su excelencia, como igualmente, si lo disgusta, hallará de seguro en su código los argumentos condenatorios.

Y esto con la mayor seguridad del mundo.

Sólo que existe un peligro: que el análisis, aplicado al placer, destruya ese placer y nos deje en las manos un delicado polvo de ceniza. Respetemos, mejor, el misterio y no pretendamos desarmar el secreto de esa creatura viva que es un poema, como el de Arteche, cargado de seducción y de tristeza.

ALONSO.

**Ensayos estilísticos [artículo]**

**Libros y documentos**

## **AUTORÍA**

Alone, 1891-1984

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1976

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Ensayos estilísticos [artículo]

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile